

“No es de esa manera que se viaja en los desiertos patagónicos”. Una lectura de *Hacia los Andes* de Eluned Morgan

Pilar María Cimadevilla¹

Instituto de Investigaciones Históricas y Sociales (UNP)
pilarmariacimadevilla@gmail.com

Resumen: Eluned Morgan (1870-1938), hija de Lewis Jones (uno de los líderes del asentamiento galés en la provincia del Chubut), fue una prolífica escritora y trabajadora de la cultura. Nacida en alta mar en uno de los viajes que sus padres emprendieron desde Gran Bretaña hacia Argentina, Morgan se radicó junto a su familia en el valle chubutense, convirtiéndose con el correr de los años en una figura destacada de la zona tanto por su producción escrituraria, así como también por su trabajo activo en relación a la educación de las mujeres. La propuesta de este artículo consiste en estudiar su primer libro, *Hacia los Andes* (1904), con el objetivo de presentar su figura como escritora viajera e indagar de qué modo las representaciones sobre el espacio patagónico que figuran allí proponen una mirada que trasciende ciertas ideas cristalizadas en torno al debate sobre el binomio civilización-barbarie.

Palabras clave: Viaje – Patagonia – Desierto – Eluned Morgan

Abstract: Eluned Morgan (1870-1938), daughter of Lewis Jones (one of the leaders of the Welsh settlement in the province of Chubut), was a prolific writer and culture worker. Settled with her family in the Chubut valley, over the years Morgan would become a renowned figure both for her writing as well as her role in women’s education. This article will address her first book, *Hacia los Andes* (1904), in order to analyze Morgan’s figure as a traveling writer and the way the representation of the Patagonian space suggest a point of view that transcends certain crystallized ideas around the civilization-barbarism debate.

Keywords: Travel – Patagonia – Desert – Eluned Morgan

¹ **Pilar María Cimadevilla** es Licenciada y Doctora en Letras por la Universidad Nacional de La Plata. En 2018 defendió su tesis doctoral titulada “Fotografía, plástica e imágenes de prensa en las crónicas periodísticas de Roberto Arlt (1928-1942)”. En la actualidad investiga las representaciones del espacio patagónico en escritores/as periodistas de finales del siglo XIX y principios del XX en el marco de una beca postdoctoral otorgada por CONICET y trabaja como docente en la Universidad Nacional de la Patagonia San Juan Bosco. Además, participa como integrante del Proyecto de Incentivos “Escritores y escritura en la prensa. Literatura argentina, diarios y publicaciones periódicas” (dirigido por Laura Juárez).

Entre los pliegues que conforman la llamada historia argentina, encontramos un conjunto de narraciones, vistas paisajísticas, caminos, estaciones ferroviarias y ciudades surgidas de la iniciativa de un grupo de galeses y galesas que, con el afán de preservar su cultura, migraron a Chubut a mediados del siglo XIX. Como se sabe, en el marco de la ya iniciada Revolución Industrial, la fuerte demanda de hierro y carbón indujo a Inglaterra a buscar estos minerales en tierras ajenas. Así fue como, debido a su rico subsuelo, Gales experimentó una invasión vecina que ejerció presiones directas sobre sus costumbres y su religión, generando que muchos de sus habitantes comenzaran a evaluar la posibilidad de migrar.

Tal como señala el Reverendo Abraham Matthews en su libro *Crónica de la colonia galesa de la Patagonia* (1894), el propósito que perseguían quienes idearon y comandaron la migración a Chubut era el de salvar su cultura, su religión y su lengua: “El ideal era conseguir un país deshabitado, que no estuviera bajo ningún gobierno propio, formar y mantener sus costumbres nacionales, y ser un elemento constructivo y no ser asimilados por su país de adopción” (22). Con el objetivo de promocionar el proyecto y de organizar la “misión colonizadora”, Michael D. Jones constituyó una comisión conformada por un conjunto de diez galeses, entre los que figuraban Lewis Jones y Hugh Hughes Cadvan, quien escribió el folleto *Manual de la Colonia Galesa* (1862) –el que “incluía atractivos fragmentos de escritores que se habían ocupado de la Patagonia, entre ellos Darwin (Codeseira 65)– con el fin de sumar gente a la causa.

Influenciados entonces por libros como el de Fitz Roy,² deciden realizar una primera visita para revisar el terreno y firmar un acuerdo con el gobierno argentino. Viajan a Buenos Aires como representantes Love Parry y Lewis Jones y logran firmar un acuerdo que, finalmente, no es aprobado por

² “Más que nada esta predilección por la Patagonia se debió al testimonio del almirante Fitz Roy, que había recorrido las costas de América del Sur en el año 1833 y había elogiado mucho el valle de Chubut o Chubat, como se le llamaba entonces” (Matthews 24).

el Congreso. A pesar de ello, y contando únicamente con la ley de tierras,³ deciden migrar.

Parten, entonces, el 28 de mayo de 1865 a bordo del velero *Mimosa* y tardan dos meses en llegar a lo que hoy conocemos como Puerto Madryn. Debido a la falta de agua dulce caminan hacia el interior de la provincia y se instalan a orillas del Río Chubut.

En el contexto de esta colonia, en la que casi únicamente se hablaba galés, se practicaba el protestantismo y se intentaban mantener rituales culturales particulares como los certámenes de fuerte impronta musical y literaria llamados *Eisteddfod*, creció Eluned Morganed Jones, conocida como Eluned Morgan, hija del ya mencionado, Lewis Jones. Nacida a bordo de un barco en la Bahía de Vizcaya el 20 de marzo de 1870 durante uno de los viajes que sus padres realizaron de Gales a la Patagonia,⁴ Morgan vivió su juventud en la colonia. Luego de haber permanecido sus primeros quince años en la zona, fue enviada por tres años a Gales con el fin de formarse en las mejores instituciones del lugar. Regresa en 1888 y, a muy temprana edad, adquiere renombre dentro de la colonia por sus capacidades vinculadas a la literatura y su interés en la educación.⁵ A partir de entonces la escritora realizará diversos viajes con el fin de continuar su formación y también para promocionar la colonia en Europa. Durante su juventud escribió cuatro libros en galés, de los cuales solo dos se encuentran traducidos al español: *Hacia los Andes* (1904), en el que relata un viaje a caballo desde la colonia hasta la zona cordillerana, y *Algas Marinas* (1909), en el cual describe su desplazamiento a bordo de un barco desde Londres hasta la Patagonia.⁶ Además, tal como ya mencionamos, dentro de su trabajo se destaca su interés

³ “Es cierto que el señor Jones estaba convencido por el testimonio de los delegados, de que el acuerdo se cumpliría y sin embargo no se prometió a ninguno de los emigrantes sino los 124 acres que aseguraba la ley de 1862, sin contar cierto número de vacas y caballos, semillas y algunas máquinas agrícolas prometidas por el doctor Rawson” (Matthews 27).

⁴ Falleció en Gaiman en 1938.

⁵ En efecto, en 1891 gana el *Eisteddfod*.

⁶ La autora escribió dos libros más que aún no están traducidos al castellano, uno sobre un viaje a Tierra Santa (*Por tierra y por mar* de 1913) y otro sobre el imperio Inca (*Hijos del sol* de 1915). Como señalan los pocos textos sobre la escritora, sus libros se enmarcan en lo que Celia Codeseira del Castillo llama “romanticismo galés” (64).

por la educación en general y por la educación de las mujeres, en particular (en 1890 creó la Escuela Secundaria e Internado para Señoritas que funcionaba en la casa de su padre),⁷ y su desempeño como editora del periódico *Y Draford*.

De acuerdo con esto, el objetivo de este trabajo consiste en presentar la figura de Eluned Morgan, una escritora y viajera poco estudiada, para pensar de qué modo las representaciones sobre el espacio patagónico que figuran en su primer libro, *Hacia los Andes*, proponen una mirada que trasciende ciertas ideas cristalizadas en torno al debate sobre el binomio civilización/barbarie. Para ello, en un primer momento, observaremos cómo la escritora se corre de lo esperado de una mujer en el contexto de la colonia al configurarse como una viajera aventurera y qué particularidades formales presenta su relato. Luego, en una segunda instancia, indagaremos de qué manera las referencias al vínculo entre galeses e indígenas que Morgan plasma en muchos de los capítulos que componen su libro dan cuenta de un relato disruptivo sobre la llamada “Conquista del Desierto”.⁸

Un cuarto propio

Muchas veces me preocupan, los modos de elegir
esposa.
La vistosa o la ciudadana, esclava o culta.
Les aseguro que hay una cosa que no me satisface.
Si es que me caso alguna vez, va a ser con una

⁷ Refiere Codeseira del Castillo: “Bajo su dirección y secundada por su prima Mair Griffith, la enseñanza impartida fue evaluada por el Rev. William Casnodyn Rhys, quien publicó un informe analizando la calidad de las pruebas tomadas. Aunque el proyecto educativo fue de avanzada, en 1892 el establecimiento cerró sus puertas. El gobierno nacional había creado escuelas públicas gratuitas que beneficiaron la enseñanza en la Colonia” (72). Luego se dedicó a gestionar para la creación del actual colegio *Camwy*.

⁸ Como señala Torre: “La Expedición al Río Negro encabezada por Julio Argentino Roca se realizó entre abril y julio de 1879. El ejército estaba constituido por 6000 hombres y ‘redujeron’ a más de 14000 indios. Pero, en rigor, la Conquista del Desierto se llevó a cabo entre 1878 –año en que el todavía ministro Julio A. Roca dirige un mensaje al Poder Ejecutivo Nacional pidiendo llevar la ocupación militar hasta el Río Negro– y 1885, año en que el cacique manzanero Valentín Saihueque ingresa capturado en la ciudad de Buenos Aires. [...] Lo que dio en llamarse en singular ‘Conquista del Desierto’ no se conformó sólo de un ejército avanzado sino también de una campaña previa que implicó múltiples mensajes al Congreso Nacional. Discursos, leyes, decretos, resoluciones, mensajes y proclamas tuvieron, probablemente, más impacto que las acciones bélicas *in situ*. Además, hubo una serie heterogénea de pactos, tratados y acuerdo con algunas tribus” (17).

Galesa. [...]
Veo que cada joven que se casa se vuelve hombre
es seguro si me casare, que yo también madure.
Una esposa que sea para mí ama de casa
que hamaque la cuna infante, me casaré con una
galesa.⁹

Familiarizada con la inmensidad del desierto y deseosa de conocer siempre un poco más, Eluned Morgan emprende en 1891 un viaje a caballo desde el valle chubutense hasta la colonia 16 de Octubre, situada en la zona cordillerana. Junto con un grupo de hombres y con una amiga a la que nombra pocas veces,¹⁰ la escritora concreta un sueño de la infancia. Y si bien se atreve a volcar su experiencia viajera sobre el papel únicamente por “el deseo irrefrenable y apasionado de que Gales pudiera participar, aunque fuese en una ínfima proporción, de la infinita dicha [...] experimentada al viajar por los desiertos callados [...] y gozar con la contemplación de montañas, cascadas, lagos y bosques hasta ahora apenas conocidos por ojos humanos”, *Hacia los Andes* trasciende los objetivos delineados por la escritora.

Como señala Fernando Williams, “si bien es muy probable que [Morgan] basase su libro en una serie de cartas, aparentemente escritas durante el viaje, que en 1899 fueron publicadas en Gales por la revista *Cymru*, el texto de lo que sería *Dringo’r Andes* seguramente fue reescrito durante su estancia en la capital galesa entre 1902 y 1904” (*Entre el desierto* 222). Escrito y publicado en galés, *Hacia los Andes* llegó a la colonia y circuló en su lengua original hasta 1976, cuando la editorial local de Rawson, *El Regional*, imprimió la primera traducción al español realizada por Irma Hughes de Jones en el marco del *Eisteddfod* realizado en Chubut en 1968. En 1991, la misma editorial lanzó una reedición de mil ejemplares. Esta demora en su traducción señala,

⁹ El poema completo, titulado “La galesa con la que me casaré”, fue publicado bajo el seudónimo “Mynegfys” en el número VIII del *Y Drafod* (113). El poema fue escrito y publicado originalmente en galés, la traducción la tomamos de la edición que compila los diez primeros ejemplares del periódico traducidos al español.

¹⁰ Una de las pocas referencias que aparece es la siguiente: “Más era bueno para nosotras aquel día que estábamos solas, de modo que no estábamos obligadas a pronunciar mucha palabra” (Morgan *Hacia los* 39).

por un lado, cuál era en efecto el objetivo del libro –“enviar unas palabras para mis contemporáneos juveniles del País de Gales para relatarles lo visto en la región de la cordillera de los Andes” (16)– y, por el otro, resalta un claro desinterés por parte de los miembros de la comunidad galesa chubutense por entablar diálogo con los acontecimientos y agentes culturales del resto del país. En este sentido, cabe destacar el hecho de que Morgan, hija de una de las figuras de mayor poder dentro de la colonia,¹¹ letrada y educadora, no haya establecido vínculos con personajes del círculo intelectual porteño de la época.

En cuanto a su estructura formal, *Hacia los Andes* está compuesto por catorce capítulos breves. Los dos primeros están destinados a la presentación de la colonia y al relato del proceso de escritura del libro; y en el tercero comienza la narración del desplazamiento desde el valle chubutense hasta la cordillera. Si, como afirma Beatriz Colombi, el género relato de viaje debe ser pensado como “anfíbio” por el modo en que cruza “elementos con un correlato externo y otros que no pretenden tener ningún anclaje con lo real” (308), en este caso interesa destacar el modo en que Morgan incluye en el cuerpo del texto fragmentos de un supuesto diario que nos acercan a las primeras y “más sinceras” percepciones sobre los espacios recorridos:

Al hojear mi diario veo referente al viaje lo siguiente: “Llegar al campamento a las tres de la tarde y de todos los sitios desolados e ingratos, ventosos y poco interesantes, es éste sin duda el que lleva la palma. Una loma arenosa, pelada, sin siquiera el reparo de una mata; allá abajo el río que prosigue su marcha agradablemente a la sombra de los sauces mientras que nosotros, sedientos y agotados por el calor, estábamos lejos de sus aguas...” (21).

¹¹ Además de haber sido uno de los fundadores de la colonia, Lewis Jones “fue el responsable de la primera imprenta y fundó dos periódicos: *Ein Breiniad* (Nuestros Derechos) en 1879 y *Y Drafod* (El Mentor) 1898. También publicó su historia de la colonia *Y Wladfa Gymreig* (Una nueva Gales en Sudamérica). Fue pionero al establecer el comercio con Buenos Aires y en planificar la construcción del ferrocarril entre Puerto Madryn y el valle del Río Chubut. [...] En 1876 acompañó en su gira al perito Moreno, al naturalista Durnford hacia el sur, llegando hasta los lagos Colhué Huapí, en el mismo año. También participó en las expediciones de John Murray Thomas y Richard Jones Berwyn (1876-77 y 1879). Con Ramón Lista en 1881, y con Carlos Moyano, un año después” (Codeseira 66-67).

A medida que avanza en el relato del desplazamiento por el interior de la Patagonia, la escritora incluye a partir de citas identificables (en la mayoría de los casos advierte al lector que se trata de un fragmento de su diario) impresiones que se supone coinciden con el tiempo del desplazamiento. En este sentido, si tal como señala Izabella Badiu: “El diario es, en gran medida, un ayuda memoria, una preciosa herramienta contra el olvido” (2002), Morgan se sirve de la función mnemónica del género para acortar la distancia entre el presente del viaje (1898-1899) y la publicación del libro (1904). Si “en el viaje aceptamos también un pacto según el cual admitimos una doble actividad por parte del sujeto, que podría expresarse en la fórmula *el que escribe es el que viaja*, en la medida en que la mayoría de los textos de viaje escenifican una escena de escritura” (Colombi 293), la inclusión de estos fragmentos de su diario personal refuerza aún más la “*solidaridad* entre autor, narrador y personaje” (293) que caracteriza al género, dándole la oportunidad a la autora de posicionarse como viajera.

¿Cómo se presenta, entonces, Morgan ante sus lectores? ¿cuál es el perfil de viajera que se propone delinear a lo largo de su texto? ¿de qué forma se erige como una figura de autoridad para agregar nuevos matices al binomio civilización- barbarie? En concordancia con lo esperado de una mujer en el contexto de la colonia que figura en el poema anónimo del epígrafe, Francine Masiello observa en su trabajo sobre el rol de las mujeres en la configuración de la nación argentina luego de 1810:

En el curso del siglo XIX, la representación de la mujer sirvió a un debate más amplio sobre la construcción de la nación. [...] A menudo, como lo sugieren repetidamente los escritos de Echeverría, Mármol y Sarmiento, la invención de la nación fue impulsada por una concepción de la política, la sociedad y la cultura vinculada al género. Al destacar las obligaciones de las mujeres en el hogar y sus cualidades empáticas, los intelectuales más notables crearon una imagen de la esposa y la madre argentina que se adecuaba a sus proyectos de Estado (75-76).

En este sentido, si bien las mujeres escritoras y viajeras deberán “lidiar con una estructura discursiva y un sistema de representación de los cuales fueron objetos antes que sujetos” (Miseres 39), Morgan, soltera, letrada y

educadora, configura en su libro una imagen de escritora que se separa del perfil de “ángel del hogar” en tanto “custodia” de la colonia.¹² “Nacida en viaje”, la joven convierte su origen en un mito que define su destino: ser la única, la elegida, aquella que podrá traspasar los límites genéricos y transitar una vida atiborrada de peripecias y de placeres, de peligros y de soledad.¹³ Y si bien, tal como señalan Szurmuk y Torre, las mujeres que se convirtieron en escritoras en el período que va de 1880 a 1930, no alcanzaron su cometido únicamente por su rebeldía, sino que lo hicieron como “parte de un movimiento modernizador que se extendió por todo el hemisferio” (191),¹⁴ nos interesa detenernos en cómo la misma viajera se autodefine como excepción.

En efecto, en el inicio de *Hacia los Andes* Morgan señala cierto reconocimiento de su labor como escritora por parte de los colonos. El libro, comienza con el relato de una inundación posterior al viaje que da origen al texto. Morgan cuenta cómo era la colonia antes de aquel desastre natural, luego relata los sufrimientos experimentados en torno al diluvio y, por último,

¹² Dice Masiello: “El vasto mundo de las emociones y de los sentimientos fue asignado a las mujeres argentinas, que, como los ángeles del hogar, debían ser las custodias invisibles de la nación” (76). A pesar de haber permanecido la mayor parte de su vida en territorio argentino, Morgan no ingresaría a ese grupo de mujeres argentinas al que hace referencia Masiello en la cita, ya que los intereses que la guiaban tenían que ver con el proyecto de su padre y de su comunidad y no directamente con la definición de la identidad nacional. Sin embargo, tal como puede verse en el poema del epígrafe, la figura de “ángel del hogar” también resulta pertinente para dar cuenta de lo esperado de una mujer en el contexto de la colonia.

¹³ Su origen mítico va a ser trabajado ampliamente por la escritora en su segundo libro, *Algas marinas*: “Solo el viajero experimentado recuerda que el próximo paso de nuestro itinerario será el cruce de la Bahía de Vizcaya, pero no soy yo la persona indicada para hablar mal de la vieja bahía, ya que allí está el hogar donde nací, y ‘malo el hombre que no ama la tierra -o el mar, en este caso- que lo vio nacer’, ¿no es así? No hizo falta la mano de mi madre para hamacar mi cuna; no todos tienen las olas del Atlántico para hamacarlos. He visto a la vieja bahía en su furia y en su bonanza en varias ocasiones, pero nunca soy más dichosa que cuando me encuentro en mi tierra natal, el lugar de mi nacimiento. Empero, para el viajero común, la bahía de Vizcaya es un espantoso fantasma, y asustados y con miedo la enfrentan todos los que saben de ella” (Morgan 39).

¹⁴ “La consolidación de los estados nacionales a fines del siglo XIX junto con la consecuente modernización e industrialización requirieron la entrada masiva de mujeres en la fuerza de trabajo y en la maquinaria del Estado. Las mujeres burguesas habían estado reclamando un espacio en el mundo letrado desde principios del siglo XIX y, a fines de la década de 1880, muchas de ellas ya publicaban libros y diarios. Las mujeres inmigrantes, las de la clase trabajadora y las de clase media baja se alfabetizaron y comenzaron a escribir como parte de su compromiso con la política, con los sindicatos y con la educación. Fueron piezas clave en la expansión del público lector a través de la enseñanza, la publicación y la escritura. También influyeron en que la cantidad de trabajadoras asalariadas alcanzara cifras sin precedentes” (Szurmuk y Torre 191).

refiere al lector que el texto que tiene en sus manos fue escrito en la etapa de reconstrucción luego de la catástrofe:

Como una de las tantas, también fui con los trabajadores para ayudarlos en lo que estaba a mi alcance hacer. Puesto que no era práctico el viajar desde las lomas al valle todos los días, se edificó una cabaña de madera como refugio para que Eluned permaneciera en el valle de noche y atendiera a los trabajadores durante el día. [...] Y así, noche a noche, a la débil luz de una vela de sebo, entre los frágiles muros de mi cabaña de madera, en el silencio de la noche patagónica, volví a contemplar, en el recuerdo, la Cordillera de los Andes (17-18).¹⁵

Como se lee en esta cita, la escritora ayuda en el trabajo de reconstrucción del asentamiento “como una de tantas”, pero superando la preocupación por el desastre natural, logra convertir aquella situación adversa en el motor de escritura de *Hacia los Andes*. Sin dudas, Morgan no era una mujer más dentro la colonia: era hija de uno de los fundadores, había gozado del privilegio de formarse en Gales e Inglaterra y podía elegir no casarse, ni tener hijos. Esta primera escena que adelanta la imagen del “cuarto propio” que definirá Virginia Woolf en su ensayo de 1929,¹⁶ nos dice que la misión de Morgan como mujer “libre” –no es menor el hecho de que se haya quitado el apellido paterno–¹⁷ era otra.

A partir del segundo capítulo, la escritora se instala en el tiempo del viaje (1898-1899) y comienza a describir un desplazamiento fuera de lo común a través de una zona del llamado desierto patagónico que muy pocos conocían hasta ese momento. Así, cada una de las anécdotas que tejen la historia del itinerario, le sirve para marcar la excentricidad de su experiencia

¹⁵ Tal como puede observarse en esta cita, en algunos momentos la narradora realiza un pasaje de la primera a la tercera persona. Aquí no nos detendremos en este aspecto por una cuestión de espacio.

¹⁶ La escena también se vincula con lo que observa Pratt en los textos de las dos “exploradoras sociales” que analiza en su libro, Flora Tristán y María Graham Callcott: “Tanto para Graham como para Tristán, el mundo de puertas adentro es la morada del yo; ambas exaltan sus casas y, sobre todo, sus habitaciones privadas como refugio y fuente de bienestar. [...] Es preciso enfatizar; sin embargo, que mundo privado, interior, no significa aquí vida doméstica o de familia, sino precisamente su ausencia: es el sitio sobre todo de la soledad, el lugar privado en el que la subjetividad aislada se recoge sobre sí misma, se crea a sí misma, a fin de salir resueltamente al mundo” (294).

¹⁷ “...no usaba ni el apellido paterno ni el materno, Morgan [“que viene del mar”] era el apellido de su abuela paterna” (Codeseira 67).

y destacar la distancia que la separa de aquellos interesados en la región que no tuvieron la oportunidad de visitar la colonia o experimentar el paisaje patagónico físicamente: “He tratado con anterioridad de explicar qué clase de lugar es la Colonia Galesa. Pero, aunque me pasara toda la vida entera haciéndolo no se beneficiarán con ello gran cosa, puesto que es completamente imposible que puedan imaginar un lugar tan diferente a todo lo conocido por ustedes” (20). La escritora se ubica en un lugar excepcional en relación a muchos estudiosos y viajeros, pero además intenta separarse de la figura de “lady” y autodefinirse como una aventurera:

María y yo habíamos sido privilegiadas con una carpa para pasar en ella la noche [...] La olla había estado hirviendo sin descanso y ya todos buscamos nuestro plato de latón y la cuchara de hierro. Nos sentamos formando círculo en el suelo, se colocó la olla en el centro y cada uno se sirvió a su gusto. “How vulgar” exclamará alguna damita remilgada. Pero –véase allá en el oriente– ¿qué es lo que ha hecho enmudecer a todo el mundo dejándonos extasiados en silenciosa contemplación? El sol se ha despedido hasta el día siguiente, pero ha dejado su reflejo detrás suyo como promesa de su retorno. Una extensa llanura se abre delante de nosotros, a través de la cual el Río Chubut serpentea su viaje hacia el mar” (22).

Como se observa en la cita, Morgan toma distancia de esas “damitas remilgadas” y, se ocupa de describir el modo en que disfruta de aquel desplazamiento sin comodidades. Así, en más de una ocasión, pareciera discutir con un lector “gringo” (Morgan 21) aficionado a los viajes exóticos que poco entiende de las travesías por tierras patagónicas:

Se realizan muchas fiestas campestres [...] en Gales durante los meses de verano y quizás algunos de mis lectores estarán tentados a pensar que aquella merienda del ‘Ffos Halen’ sería algo parecido; un niveo mantel, vajilla de porcelana y toda clase de delicados manjares, las damas que rivalizan con las flores en los colores de sus trajes y el bosque que se inclina con humildad brindando sobre todo ello su sombra verdeazulada. *No, amigos; no es de esa manera que se viaja en los desiertos patagónicos* (21).¹⁸

Como en este fragmento, una y otra vez, Morgan marca el límite entre la ficción y lo real: “Mucha gente habla de los Andes del mismo modo que los

¹⁸ Las cursivas son nuestras.

antiguos autores de los himnos de Gales se referían a las ‘indias’ y el ‘oro del Perú’, es decir, solamente con la imaginación” (19). Pero, además, su modo de transitar estas tierras no sólo la separa de aquellas “ladies” mencionadas más arriba, o de quienes escribieron sobre la Patagonia sin haberla transitado, sino también de sus propias coetáneas de la colonia: “El viaje duró hasta el amanecer del día siguiente. Mis jóvenes amigas no estaban acostumbradas a caminar; eran hijas del valle, no acostumbradas a escalar y recorrer las montañas de la agreste Gales. Si por mí fuese, me hubiera agrado recostar mi cabeza sobre algún viejo tronco que reposaba en su lecho de musgo y esperar el sol de la mañana” (64-65).

Sin problematizar explícitamente los roles asignados a mujeres y hombres dentro de la colonia, la escritora remarca el carácter excepcional de su figura al combinar, tal como veremos más adelante, sus conocimientos eruditos sobre el tema (menciona y, en algunos casos critica, a figuras como Darwin, Fitz Roy o Musters) con la experiencia corporal del viaje. Y si bien aquí nos interesa trascender aquellos interrogantes que anclarían nuestro análisis en lo excéntrico de su biografía y de su trabajo dentro de la colonia en tanto mujer independiente y letrada (¿qué referencias aparecen en sus textos sobre la división binaria del trabajo? ¿por qué silencia las voces de otras mujeres?) para indagar, en cambio, cuál fue el trabajo intelectual realizado por Morgan en *Hacia los andes* en tanto sujeto del discurso y de qué modo sus impresiones sobre los indígenas patagónicos discuten la idea de un “paisaje [que] se describe negativamente por un catálogo de privaciones donde la geografía se va volviendo una sola cosa con lo imaginario: sin árboles, sin cultivos, sin montañas, sin límites naturales, sin habitantes permanentes, sin viviendas, sin espíritu de progreso, sin vías de comunicación, sin instituciones, sin sentido de la autoridad, sin tradiciones, sin historia” (Rodríguez 16); resulta necesario tener en cuenta que fue precisamente su condición de mujer, colona- extranjera y letrada lo que le

permitió configurar una mirada alternativa sobre el binomio civilización-barbarie.¹⁹

“Amig[a] de los indios”

Luego de pasar la tarde en compañía del viejo cacique indígena pensé mucho cual sería la historia de los indios de la Patagonia en el lejano pasado antes de la llegada del hombre blanco para perturbar su paz y despojarlos de su herencia.

Eluned Morgan

Generalmente suele entenderse por “relato de viaje a la Patagonia” o por “tradición del viaje a la Patagonia” una serie de textos escritos por hombres blancos y europeos que realizaron itinerarios por diferentes zonas del territorio argentino-chileno con el fin de conquistar, a través de modalidades más o menos violentas, tierras o saber. En este sentido, Vanesa Miseres señala que “aún cuando la escritura femenina ha sido partícipe del corpus textual dentro del relato de viajes, ésta no ha conformado a lo largo de la historia una tradición y una serie continua como la que se pudo divisar entre los hombres en los diferentes períodos de exploraciones” (38). Sin embargo, a pesar de tratarse de casos aislados que dificultan el armado de un corpus, existieron también mujeres que viajaron y escribieron sobre la Patagonia. Haciendo foco, entonces, en esta suerte de reverso de la tradición, podríamos ubicar a Eluned Morgan entre Florence Dixie (la viajera inglesa que publicó *Across Patagonia* en el año 1881 en Nueva York)²⁰ y Ada María Elflein (la maestra y periodista nacida en 1880, cuyas crónicas sobre la Patagonia fueron impresas en *La Prensa* entre marzo y mayo de 1916).²¹ No

¹⁹ Esto se vincula con lo que señala Szurmuk en su libro: “Mientras los hombres que escribían literatura de viajes en el siglo XIX trataban temas relacionados con el poder y los dramatizaban en los tropos jerárquicos de observar, las mujeres que escribían esta literatura subvertían esos tropos, ubicándose tanto del lado de los observados como de los que observan” (22).

²⁰ Dixie nació en 1857, fue criada en parte en Inglaterra y en parte en Francia. Para un análisis de *Across Patagonia* véase Szurmuk (2007).

²¹ Elflein nació en pleno proceso modernizador. Luego de haber ejercido la docencia, deja su trabajo como maestra y se convierte en periodista de *La Prensa*. “Es la primera argentina que podemos incluir en la lista de aventureras. Viajó a Uruguay, Chile y los Andes, entró en minas, viajó a caballo, se atrevió a adentrarse en la selva misionera y escaló el Cerro Pelado” (Szurmuk 133). Uno de sus objetivos era el de animar a las mujeres a viajar solas.

obstante, el caso de Morgan se distingue del de estas escritoras por haber crecido en tierra patagónica. Como veremos a continuación, a pesar de que en *Hacia los andes* efectivamente relata un viaje desde el mar hasta la cordillera chubutense, su mirada no es la de una extranjera ordinaria. En efecto, si Dixie es definida por Szurmuk como una “turista en busca de distracción y divertimento” (84) y Elflein, recorre la zona del Lago Nahuel Huapi guiada “por los consejos de la experiencia del doctor Francisco P. Moreno” (Elflein 110) y en su encuentro con el Cacique Curruhuinca señala: “Ya es remoto aquel instante en que los indios pedían el breviario y la sangre de Mascardi en las mesetas patagónicas [...] Hoy piden escuelas. Se puede confiar en el futuro cuando se descubre el mismo anhelo en todos los corazones” (137), en este apartado, observaremos el modo en que Morgan configura un tipo de mirada que se separa de los objetivos del proyecto nacional.²²

Si como señala Martha Penhos en su estudio sobre las imágenes del viaje del *Beagle*, “nombrar es dominar, y también lo es describir, delinear mapas, esbozar dibujos, representar un mundo nuevo, construirlo, inventarlo” (27), nos interesa analizar aquí de qué forma Eluned Morgan incluye en su primer libro descripciones, imágenes escriturarias y también nombres propios que trascienden el binomio civilización-barbarie. Como veremos a continuación, en las representaciones de los indígenas que lleva a cabo a lo largo del texto, la escritora demuestra desde los márgenes de la nación que esa temible frontera hacia “lo salvaje” tematizada por gran parte de los textos fundantes de lo que entendemos por literatura argentina, no existía como tal.²³ En este sentido nos interesa el aporte de Miseres quien, a propósito de los casos de Tristán, Gorriti, Mansilla y Matto de Turner, señala

²² Señala Fernando Williams al respecto: “a la hora de explicar la toma de posición de Morgan no debe descartarse la influencia de su propio padre, Lewis Jones, quien desde su lugar de poder intercedió por las tribus indígenas en repetidas oportunidades” (211).

²³ Resultó fundamental para la elaboración de este artículo el libro de Mary Louise Pratt en el que señala: “Si estudiamos solamente lo que los europeos vieron y dijeron, no haremos más que reproducir el monopolio del conocimiento y de la interpretación que la empresa imperial pretendía tener. Eso constituye una distorsión enorme porque, desde luego, tal monopolio no existe ni existió nunca” (32).

que “[la] posición marginal de las mujeres dentro de los asuntos públicos y políticos de su sociedad, posibilita una lectura que las muestra más flexibles en su escritura ante determinados preconceptos como el de género, modernidad, familia y nación” (4).

Tal como ya adelantamos, Morgan comienza la escritura de su libro con el objetivo principal de llevar la experiencia del viaje y de la vida en la colonia a los lectores de Gales; no obstante, a la vez que intenta recuperar a través de la palabra el cruce entre paisaje y anécdotas, da cuenta de otro interés solapado que, al avanzar la narración, se convierte en uno de los ejes medulares de *Hacia los Andes*: repensar a los pueblos originarios de la Patagonia. Así, en el primer capítulo en el que hace una síntesis sobre la historia de la colonia en Chubut, incluye esta descripción:

Rawson había significado 35 años antes algo así como la tierra de Canaan para los antiguos pobladores. [...] Allí también vieron por primera vez a los indios, que llegaron en una tranquila tarde con un aspecto salvaje y temibles vestidos de pieles, ostentando largos cabellos negros, sus briosos caballos luciendo hermosas mantas multicolores, mientras que los frenos y estribos de plata brillaban al sol. Hubo un gran susto en la pequeña colonia aquel día y es difícil saber cuál sería la sorpresa mayor, si la de los indios al encontrarse con tanta gente blanca o la de éstos al contemplar tanta gente de tez oscura. De todos modos aquel fue un día luminoso en la historia de la colonia; un día en que se fundó entre el indio y el galés una amistad que se conservará, espero, mientras un aborígen continúe hollando las estepas (14).

Sin proponernos dilucidar cuán “amistosa” haya sido efectivamente la relación entre galeses e indígenas,²⁴ nos interesa analizar aquí cómo en los diferentes fragmentos que la escritora dedica a la representación del vínculo

²⁴ Entre los diferentes estudios que indagaron este vínculo, puede señalarse, por ejemplo, el de Marcelo Gavirati quien afirma: “En conclusión durante los veinte años de convivencia pacífica entre galeses, pampas y tehuelches no se verificaron enfrentamientos violentos significativos, como incursiones a la Colonia con incautación de bienes, saqueo, destrucción, toma de cautivos o rehenes, ni enfrentamientos armados entre ambos grupos con la secuela de muertos o heridos, tan frecuentes en otros puntos de la frontera” (16). Por otro lado, encontramos artículos como el de Matías Jones que discute con lo anterior: “La relación pacífica entre tehuelche, pampas y galeses se desestabiliza como relato homogéneo cuando aparecen puntos de discusión y conflictos relativos a los recursos ligados a la supervivencia: ganado, tierras, incumplimiento del pago en raciones provenientes del gobierno nacional. Por ello parece más acertado hablar de un modelo de conveniencia recíproca en lugar de un modelo de convivencia pacífica” (Jones 144).

con los pueblos originarios de la zona, puede leerse una puja entre imágenes estereotipadas y modos contrahegemónicos de mirar al otro, un contrapunto entre adjetivos como “salvaje” y “luminoso”, que irá tejiendo a lo largo del libro un modo de ver disruptivo sobre la supuesta frontera entre “la cultura” y “lo salvaje”.

En el capítulo V, “El lugar de las tumbas”, la escritora relata “una de las historias más tristes de la colonia” (31): cuatro jóvenes habían partido a caballo hacia la Cordillera de los Andes, deseosos por conocer el interior de la provincia y “absorbidos por el encanto de sus alrededores, de una belleza incomparable según algunos de los más famosos viajeros” (32) olvidan que también “cientos de soldados merodeaban por es[os] desiertos, aunque no para cazar los animales silvestres [...] sino para dar caza a los indios herederos del desierto desde siglos antes que hubiese allí seña de otra raza” (32). A medio camino se encuentran con un comerciante italiano que, además de venderles algunas prendas de ropa militar, les aconseja regresar a sus hogares “asegurándoles que sus vidas no tenían ni un momento de seguridad en aquellas regiones, que los indios habían sido perseguidos hasta la locura y jurado matar a todo hombre blanco que hallaran” (32). Desilusionados deciden regresar, pero ya casi llegando a la colonia son interceptados por un grupo de indígenas que los atacan. Sólo uno logra escapar gracias a la agilidad de su caballo y, al arribar a su hogar, relata a la comunidad lo sucedido. Al día siguiente, algunos colonos parten al lugar del hecho y al llegar se encuentran con que “la masacre había sido horrenda, diabólica en su barbarie y bestialidad. [...] los cadáveres habían sido descuartizados y vejados mucho más allá de ningún reconocimiento posible, solamente comparables a los despojos dejados por un león o un lobo” (35). Con ánimos de honrar a los muertos deciden cavar una fosa y realizar una ceremonia tradicional.²⁵

²⁵ Este episodio de la historia chubutense conocido como la “Tragedia del Valle de los Mártires” incluye diversas versiones que, por momentos, se contradicen. Según David Williams, “deben, por lo tanto, descartarse versiones de que se han hecho eco algunos autores, como la suposición de que los colonos portaban uniformes de soldados argentinos o la tradición de que los aborígenes no sabían que habían asesinado a galeses y se dieron cuenta al oír las canciones galesas cuando se los inhumaba...versiones ambas que sostiene

Si bien, casi al inicio del capítulo, Morgan adelanta la situación crítica que estaban viviendo en ese contexto los indígenas patagónicos –“Los ilustres senadores de la Argentina juzgaban que el único camino para obtener el desarrollo y progreso de la Patagonia era eliminar por completo a los antiguos nativos y a ello tendía la gran campaña que se realizaba en aquel tiempo de los cuatro mozos” (32)–, el discurrir de la anécdota da cuenta de una mirada negativa sobre los mismos. Incluso, tal como figura en una de las citas del párrafo anterior, encontramos en una misma oración palabras clave como “diabólica”, “barbarie” y “bestialidad” para hacer referencia al accionar de los indígenas protagonistas del hecho. Sin embargo, el remate de la anécdota desvía, en parte, el rumbo del relato:

Al cabo de muchos meses se supo que todos los alrededores hervían de aborígenes listos para matar y devorar, pero que aquel extraño canto en medio de las vastas y silenciosas extensiones los había amansado y pacificado. Se dice que fue también en ese momento que supieron que eran galeses los muertos por ellos y que no se trataba de soldados, puesto que los pobres muchachos llevaban puesta ropa militar, adquirida del comerciante, y fue sincero el lamento de algún viejo indio al conocer que por error había dado muerte a sus hermanos galeses. [...] Los galeses de Chubut y los indios de la Patagonia han convivido ya por espacio de cuarenta años en perfecta paz y armonía; ésta es la única mancha en toda su relación y es muy fácil para mí, que fui criada entre ellos considerar como un lamentable error la masacre del Valle de los Mártires (36-37).

Resultaría sumamente ingenuo centrar nuestra atención únicamente en la última oración en la que la viajera vuelve, una vez más, sobre la “perfecta paz y armonía” entre galeses e indígenas. También es cierto que proponer que los cantos fúnebres de los galeses los “amansaron” da cuenta de que, sin dudas, Morgan creía que mediaba una superioridad intelectual y espiritual entre su cultura y la de los pueblos originarios patagónicos.

No obstante, si tenemos en cuenta que el texto está escrito por una mujer nacida en el seno de una familia galesa protestante a fines del siglo XIX, resulta sorprendente no sólo el hecho de que decida representar en su relato

Eluned Morgan...” (*Entretelones* 111). En este sentido, volvemos a aclarar que no forma parte de nuestro trabajo corroborar la distancia entre la ficción y lo real en el discurso de Morgan.

conflictos políticos, sino también la audacia de postular una crítica explícita a la matanza liderada por Roca. Si tal como señala Mónica Szurmuk en su análisis de *Across Patagonia*: “Una notable característica de Dixie, por la que se destaca entre sus pares, es que cuando se describe como espectadora a ella también la observan, la miran, la definen. Su primer encuentro con un ‘verdadero indio patagónico’ está marcado por miradas mutuas (...)” (91), Morgan, “nacida en viaje” y criada en el valle chubutense, da un paso más: ella no se encuentra con “lo otro”, sino que crece con los indígenas. En efecto, si “la frontera es el espacio imaginario en el que la identidad se funde con la no identidad y en el que las mujeres blancas de clase media pueden convertirse en cautivas” (Szurmuk 25), en Morgan no encontramos ese límite imaginario entre lo propio y lo ajeno, no hay temor ante los indígenas, por el contrario, en sus descripciones pareciera estar buscando semejanzas que acorten la distancia entre “blancos” y “nativos”:

A los antiguos indios los llamamos paganos y, sin embargo, cuando llega el resplandor de la aurora a las blancas montañas, los jefes se acercan al arroyo más cercano levantando en las cuencas de sus manos el agua cristalina para luego esparcirla en dirección a la salida del sol, pidiendo al Buen Espíritu que les conceda un día próspero. Ojalá hubiese más paganos en ese sentido ¿verdad? ¿Acaso pedimos nosotros la bendición al amanecer de cada nuevo día? (41).

Preocupada por las acciones y no por los discursos que las enmarcan, la viajera rescata aquellos rituales vistos a través de sus propios ojos. Así, la puesta en valor de las costumbres indígenas le sirve para cuestionar la moral y la espiritualidad de los integrantes de la colonia.

En el capítulo siguiente, llegan a un “campamento indio” en el que son recibidos por el hijo de un cacique al que la escritora ya conoce: “habíase alojado en mi casa algunos meses antes” (41). Cuando la presentan al cacique éste le dice: “Si eres la hija de Don Luis, eres entonces hermana nuestra, pues él es hermano de todos nosotros” (41) y, en seguida, entablan una conversación sobre las aberraciones de la “Conquista del desierto”. Hacia el final, Morgan le pregunta a quiénes se refiere cuando habla de “cristianos” y,

para reforzar la verosimilitud del relato, la escritora transcribe el siguiente diálogo:

- “A los blancos”, me contestó.
- “Pero, ¿no somos nosotros también cristianos?”, dije.
- “Ah no, ustedes son amigos de los indios” (41-42).

Así, Morgan, va sumando a lo largo de su primer libro anécdotas que vuelven sobre una supuesta fraternidad entre galeses e indígenas. El último de los episodios es el que incluye en el capítulo VII titulado “Los aborígenes de la Patagonia” en el cual describe el modo en que su comunidad intervino a favor de los pueblos originarios durante la campaña liderada por Roca:

Quando el Gobierno Argentino comenzó a perseguir a los viejos nativos en 1880, la Colonia apeló en su favor repetidas veces, mas fue en vano todo intento de suavizar algo del férreo veredicto de los gobernantes. Centenares fueron muertos en la guerra injusta y desigual [...] si se escribiera el relato de las travesías por aquel mar picado en frágiles y estrechas embarcaciones y las crueldades cometidas [...] Sudamérica también tendría su ‘Cabaña del tío Tom’; mas lamentablemente, no hay quien la escriba (49).

Esta versión divergente del relato oficial cuestiona la idea de “barbarie” y problematiza, al mismo tiempo, el término “frontera”. En efecto, la escritora comienza el capítulo dando cuenta de su conocimiento sobre la historia y la tradición del viaje a la Patagonia –“La Patagonia fue descubierta en 1520 por el célebre Fernando de Magallanes, quien dio su nombre al estrecho. Luego, en 1578, llegó Francis Drake, pero estos viajeros sólo realizaron algunas excursiones por las costas sin tener mayor oportunidad de conocer el país ni sus habitantes” (43)–, luego describe, basándose en “la fisonomía, el tamaño y el temperamento”, las cuatro “razas” de indígenas que habitaban la Patagonia (pampas, araucanos, tehuelches y fueguinos), por último, vuelve sobre el trabajo diplomático llevado adelante por los líderes de su comunidad en el marco de la “Conquista del desierto”: “Los galeses del Chubut no procuran convertir ni civilizar a los indios, pero les extendieron su mano fraternal e intercedieron en su favor repetidas veces en el Congreso de la Capital cuando la persecución los abrumaba, amenazando con extinguirlos por completo” (45-46). El afán etnográfico y científicista que Morgan

despliega en sus descripciones sorprende. Lejos del carácter sentimentalista e intimista que se esperaba en aquel contexto de un relato firmado por una mujer,²⁶ la viajera presenta pruebas que certifican sus argumentos, alcanzando así el “efecto de realidad” deseado.²⁷ Casi al final del capítulo, Morgan transcribe de principio a fin una carta que el reconocido cacique Sayhueque había enviado a su padre, Lewis Jones, en 1881:²⁸

Recibí su valiosa nota. Atesoro con placer los consejos e informaciones que dais a mi tribu, de mantenernos pacíficos hacia el gobierno y hacia ustedes. *Amigo*, le digo con franqueza, que *no violé yo la paz ni la buena voluntad que hay entre nosotros y el gobierno desde hace más de veinte años, y que yo cumplí fielmente todos los compromisos hechos en Patagones. En cambio, usted, mi amigo no comprenderá nunca los sufrimientos espantosos que recibimos mi pueblo y yo de manos de nuestros perseguidores... Llegaron furtivamente armados a mis tolderías cual si fuera yo un enemigo y un asesino. Yo tengo compromisos serios con el Gobierno desde hace mucho tiempo y por lo tanto no puedo luchar ni disputar con los ejércitos. Me alejé, pues, con mi gente y mis toldos para tratar de evitar sacrificios y desgracias. Por un tiempo, al menos tuve éxito. No es, mi amigo, que yo sea cobarde, sino que respeto mis compromisos con el gobierno y al mismo tiempo, cultivo fielmente las enseñanzas y consejos de mi famoso padre, el gran cacique Chocorí, de no dañar ni injuriar nunca a los débiles, sino amar y respetarlos humanamente. A pesar de todo me encuentro hoy arruinado y sacrificado. Las tierras que mis antepasados y Dios me dieron, me han sido arrebatadas, lo mismo que todos mis animales, hasta cincuenta mil cabezas...A causa de esto, amigo, le pido que eleve al Gobierno todas mis protestas y las aflicciones que he sufrido. No soy culpable de nada, soy un criollo noble y, por derecho, dueño de todas estas cosas. No soy un extraño de otro país, sino nacido y criado en esta tierra. No puedo comprender, pues, la desgracia que me ha sobrevenido por designios de Dios, y espero que Él tenga a bien oírme desde las*

²⁶ “El vasto mundo de las emociones y de los sentimientos fue asignado a las mujeres argentinas, que, como los ángeles del hogar, debían ser las custodias invisibles de la nación. A pesar de estas vigorosas tradiciones, las mujeres utilizaron las leyendas de domesticidad para crear un espacio productivo propio” (Masiello 76).

²⁷ Retomando a Bajtin, Colombi considera al viaje “como un género discursivo secundario que subsume géneros discursivos primarios: guías, mapas, cartas, tablas, itinerarios, cronologías, instructivos. Se trata, como es evidente, de formas no narrativas sino enumerativas, descriptivas o estadísticas, que se introducen como pruebas o constancias de la base empírica de aquello que se cuenta, y tienen la función de reafirmar la propiedad documental del género” (292).

²⁸ Tal como señala David Williams “La misma era una respuesta a una carta que en su momento enviara Jones a Sayhueque poco antes, el 3 de marzo de ese año, informándolo y aconsejándolo, como consecuencia de la ‘Campaña del Desierto’” (*Entretelones* 147).

alturas y defenderme. Yo *amigo*, nunca realicé malones, ni maté a nadie ni tomé cautivos y por eso *le pido que interceda ante el gobierno para asegurar la paz* y la tranquilidad de mi pueblo... Espero conversar algún día con usted, y hacer un arreglo amistoso entre nuestros pueblos.
Por mandato del Gobierno Aborígen
Valentín Saihueque (50).²⁹

La carta de este reconocido cacique que había mantenido contacto con diferentes viajeros como Moreno o Musters (el único al que Morgan menciona en su libro con admiración) incluye varias frases y palabras clave que refuerzan la impronta pacífica de los indígenas patagónicos que prima en *Hacia los Andes*.³⁰ Sayhueque refiere al padre de la escritora como su amigo, remarca su desinterés en derramar sangre para poder vivir en las tierras que le fueron heredadas, destaca no haber participado de malones ni haber tomado cautivos, se reconoce como argentino e incluso demuestra adorar al mismo dios que Jones. De este modo, las representaciones de los pueblos originarios patagónicos que, tal como vimos, Morgan desarrolla a lo largo de su libro en tanto testigo de los hechos –“Uno de ellos -hoy el cacique Kengel- fue mi compañero de banco durante un año escolar y nos ayudábamos mutuamente en los deberes muchas veces” (46)–, adquieren un estatuto de verdad postulando, así, otra versión sobre las pujas entre militares e indígenas.

Si bien, tal como mencionamos más arriba, Morgan presenta una mirada imperial que, por momentos, repite las mismas fórmulas de los científicos y militares que silenciaron las voces de los indígenas –“En la chacra [...] hay uno de esos interesantes cementerios, y cuando niños, [...]

²⁹ Las cursivas son nuestras.

³⁰ “Pero es a G. C. Musters que corresponde el honor de haber legado a la posteridad la historia y las tradiciones de los indios, especialmente de los tehuelches. Él vivió entre ellos por espacio de dieciocho meses como un indio más, levantando su toldo casa semana y viajando cientos de millas a través de las silenciosas y misteriosas mesetas, su vida completamente a merced de los indígenas. A su regreso a la civilización, luego de aquel largo peregrinaje, en 1871, publicó ‘At home with Patagonians’ e indudablemente, no existe, ni aún en estos días de abundancia, un libro más interesante para todo quien ama lo lejano y lo desconocido. Para mí fue lo que son para los niños de Gales las aventuras de Robinson Crusoe [...]” (Morgan 43-44). Según Fernando Williams, la mirada de Morgan se aleja de la de Moreno y se acerca, en cambio, a la de William H. Hudson (239).

muchas horas felices pasamos buscando reliquias en esa tesorería autóctona. Hoy lamento no haber puesto más dedicación en aquella labor, en vez de permitir a naturalistas de otros países despojarnos de lo que legítimamente pertenecería al museo de la Colonia Galesa” (44-45)–, su discurso ofrece resistencias al relato violento sobre los pueblos originarios establecido por los protagonistas varones del viaje a la Patagonia: “muy pocos relatos creíbles se tuvieron en cuenta hasta la llegada de Darwin en 1833, aunque tampoco éste tuvo mayor oportunidad de internarse en las infinitas pampas que se extienden en toda dirección” (43). Así, Morgan pretende poseer un saber de varones y confirma conocer más que ciertos viajeros renombrados a nivel internacional. Con el objetivo de mostrar “una comunidad que vive en armonía” (Williams *Entre el desierto* 163) y sin tener entre sus preocupaciones la configuración de la identidad nacional, la escritora se inserta en un debate de larga data sobre la expansión de la Argentina para proponer una mirada alternativa sobre la historia de la región. Si tal como señala Miseres, las mujeres presentan una mayor libertad “para entrar y salir de ciertas perspectivas dominantes sobre la nación, como las distinciones binarias hogar-especio público, civilización-barbarie, entre otras [...]”, paradójicamente, “por el hecho de verse en los márgenes de ciertas esferas de influencia” (256), Morgan se atreve a proponer en *Hacia los Andes* una Patagonia sin cautivas y un desierto contradictoriamente habitado, al mismo tiempo que desarma los estereotipos de viajero, de indígena y de mujer sin importar “los costos de semejante osadía” (Batticuore 63). Sirviéndose de sus privilegios como mujer blanca y letrada, suma así un punto de vista disruptivo a una discusión a la que, sin dudas, no había sido invitada.

Bibliografía

Badiu, Izabella. “Posiciones teóricas en el estudio de los diarios íntimos del siglo XX”. “Enjeux théoriques dans l'étude des journaux intimes du XXe siècle”. *Arches, Revue Internationale des Sciences Humaines*. 4 (2002) : 1-26.

Batticuore, Graciela. *Lectoras del siglo XIX: Imaginarios y prácticas en la Argentina*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Ampersand, 2017.

Codeseira del Castillo, Celia. "Algas marinas. Crónica de viaje desde Londres a la Patagonia por Eluned Morgan". *Revista Cruz del Sur*. 5 (2013): 59-99. En línea: http://www.revistacruzdelosur.com.ar/Numeros_001-010/RHCZDS-00503-Codeseira-Algas_marinas.pdf. Fecha de acceso: 20-08-2020.

Colombi, Beatriz. "El viaje de la práctica al género". Mónica Marinote y Gabriela Tineo, eds. *Viaje y relato en Latinoamérica*. Buenos Aires: Katatay, 2010. 287-308.

Elflein, Ada María. *Impresiones de viaje*. Haedo: Los lápices editora, 2018.

Gavirati, Marcelo. "El modelo de convivencia pacífica entre galeses, pampas y tehuelches (1865-1885): revisión crítica historiográfica, balance y conclusiones". *X Congreso de Historia social y política de la Patagonia argentino-chilena*, Trevelin (2013): 1-22. Impreso.

Jones, Matías. "El modelo de convivencia pacífica: la necesidad de una revisión histórica". *VIII Congreso de Historia social y política de la Patagonia argentino-chilena* (2009): 143-149. Impreso.

Masiello, Francine. *Entre civilización y barbarie. Mujeres, Nación y Cultura literaria en la Argentina moderna*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 1997.

Matthews, Abraham. *Crónica de la colonia galesa de la Patagonia*. Buenos Aires: Ediciones Alfonsina, 2011.

Miseres, Vanesa. *Trazos de nación, Mujeres viajeras y discurso nacional en Latinoamérica (1830-1910)*. Tesis doctoral. Vanderbilt University, 2010. En línea: <https://red.pucp.edu.pe/riel/files/2016/04/Miseres-Vanesa.-Tesis-Trazos-de-naci%C3%B3n-Mueres-viajeras-y-discurso-nacional-en-Latinoam%C3%A9rica-1830-1910.pdf> Fecha de acceso: 20-08-2020.

Morgan, Eluned. *Hacia los Andes*. Rawson: Editorial El Regional, 1991.

---. *Algas marinas (Gwymon y Môr)*. Trelew: Editorial Jornada, 2011.

Penhos, Marta. *Paisaje con figuras. La invención de Tierra del Fuego a bordo del Beagle: 1826/1836*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Ampersand, 2018.

Pratt, Mary Louise. *Ojos imperiales: literatura de viajes y transculturación*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2011.

Rodríguez, Fermín. *Un desierto para la nación: la escritura del vacío*. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2010.

Szurmuk, Mónica. *Miradas cruzadas: narrativas de viaje de mujeres en Argentina, 1850-1930*. México: Instituto Mora, 2007.

Szurmuk, Mónica y Torre, Claudia. “Nuevos géneros, nuevas exploraciones de la condición de mujer: viajeras, periodistas y mujeres trabajadoras”. *Mora. Revista del Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género*. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires. 24 (2018): 191-202.

Torre, Claudia. *Literatura en tránsito: la narrativa expedicionaria de la Conquista del Desierto*. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2010.

Williams, David. *Entretelones y toderías: historia del encuentro entre galeses y tehuelches en Chubut*. Trelew: Editorial Jornada, 2007.

Williams, Fernando. *Entre el desierto y el jardín: viaje, literatura y paisaje en la colonia galesa de la Patagonia*. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2010.

Y Draford. *Primeros diez ejemplares del semanario (enero-marzo 1891)*. Jones, Owen Tydur (trad.). Rawson: Secretaría del Chubut, 2008.